

Pippa Norris (2011). *Democratic Deficit: Critical Citizens Revisited*. Cambridge: Cambridge University Press, 336 pp.

CARLOS ERNESTO ICHUTA NINA*

En el curso de los años noventa, un conjunto de fenómenos políticos, caracterizado por el creciente “odio” de la gente hacia la política, su desconfianza hacia las instituciones de la democracia representativa, la disminución de los niveles de concurrencia electoral y la pérdida de militantes por parte de los partidos políticos, se hizo mundialmente evidente. De hecho, el apoyo que fueron logrando los partidos de derecha radical y los líderes populistas en los países de la Unión Europea pasó a ser atribuido a esos fenómenos que finalmente fueron identificados como la evidencia de un déficit o un descontento democrático entre la gente, presumiéndose sus funestas consecuencias sobre la sostenibilidad del sistema.

Merced a ese miedo, los diagnósticos pesimistas y los más terribles pronósticos acerca del

futuro de la democracia se llegaron a propagar por el mundo; muchos anunciaron el advenimiento de una era posdemocrática o de una etapa de invierno de la democracia e incluso algunos presagiaron la muerte de esta forma de gobierno.

Mas a pesar de esas evidencias y de las graves crisis políticas que azotaron a muchos estados democráticos, incluso antes de la década mencionada, la forma democrática de gobierno resistió a los diferentes embates y su debacle parecía estar lejos de suceder. Por esto, un grupo de estudiosos internacionales consideró perentorio el análisis del apoyo a la democracia y sus aportaciones aparecieron publicadas en el libro: *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*, editado por Pippa Norris, en 1999.

* Candidato a Doctor en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México.

En dicho trabajo, desde diferentes enfoques teóricos y a través de un abordaje comparativo del apoyo a la democracia, los estudiosos arribaron a un consenso que cuestionaba precisamente aquellos diagnósticos pesimistas del futuro de la democracia, ya que en el estudio se planteaba que el descontento con esta forma de gobierno no provenía de actitudes antidemocráticas por parte de la gente, sino de una tensión entre sus ideales democráticos y su percepción del funcionamiento real del sistema. Es decir, en contra de sus expectativas, para los ciudadanos la democracia funcionaba mal, pero esto no era una razón para renunciar a esa forma de gobierno, sino para exigir su efectivo funcionamiento.

Tal explicación dio lugar a la construcción de la categoría de los ciudadanos críticos que, frente a otras categorías tales como los ciudadanos “desencantados”, “desconfiados” o “cínicos”, parecía referirse adecuadamente al estado global de la democracia. De hecho, a más de un decenio de su aparición, la categoría de los ciudadanos críticos parece más pertinente todavía, ya que si bien de acuerdo a los diferentes reportes del estado de la cultura

democrática en el mundo, el descontento con la democracia no habría cesado, sino que más bien se había profundizado, en los últimos años ningún Estado democrático ha experimentado su debacle e incluso las crisis políticas acaecidas recientemente en varios estados autocráticos han sido atribuidas a la aspiración democrática de sus ciudadanos.

Quizá por esa pertinencia, el libro editado por Norris fue considerado en su momento como “el estudio de la cultura cívica, cuarenta años después”, nada más y nada menos que por uno de los pioneros de los estudios de cultura política a nivel global: Gabriel Almond.

Sin embargo, la categoría de la ciudadanía crítica dejaba muchas cuestiones sin resolver porque carecía de una sólida base teórica y metodológica, al derivarse del análisis del déficit democrático desde diferentes enfoques a menudo contrastantes teóricamente; es más, dicha categoría era construida a partir de diferentes grupos de variables.

Con el objetivo de saldar esas deudas y de darle pertinencia a la categoría de los ciudadanos críticos, en 2011 Norris emprendió precisamente una tarea de

reconsideración de aquéllos hallazgos publicando, en solitario, *Democratic Deficit: Critical Citizens Revisited*.

En éste, Norris establece teóricamente una discusión con los enfoques cultural, sociológico, económico, comunicacional e institucional desde los cuales suele ser analizado el apoyo a la democracia y que en el primer estudio aparecieron como lógicamente pertinentes. Sin embargo, la autora no descalifica los aportes de esos distintos enfoques, sino que critica el aislamiento académico y las explicaciones parciales de cada uno de ellos, abogando por el tratamiento del déficit democrático de manera multidimensional; esto siguiendo, además, a David Easton (pionero del estudio del apoyo político) para quien el apoyo al sistema debía ser entendido precisamente como un fenómeno multidimensional por incluir tanto aspectos difusos como específicos. Norris plantea así la construcción de una teoría comprehensiva del apoyo a la democracia que no supone la suma de enfoques, sino su interrelación para distinguir, por medio de la identificación de la recíproca relación de factores, las actitudes de los ciudadanos que no constituirían una sola pieza.

De ese modo la autora aterriza en el tema de la cultura política, a la cual considera justamente como el principal factor explicativo del déficit democrático. Porque además de referirse a los valores, sentimientos, actitudes, creencias y conocimientos de los ciudadanos, la cultura política supondría una compleja relación de aspectos tales como la socialización política, el constreñimiento institucional, la comunicación política, etcétera.

Sin embargo, al ser asumida de ese modo, la cultura política supone un factor sumamente complejo que obliga a Norris a precisar las variables fundamentales de su análisis. Éstas consisten en las variables socio-demográficas, el sentido de pertenencia a la nación, el acuerdo o desacuerdo con los principios centrales y los valores normativos e ideales de la democracia; la evaluación del desempeño del régimen, medido por la satisfacción con las acciones del gobierno y el funcionamiento de los procesos y las prácticas democráticas; la confianza en las instituciones del régimen y la aprobación de los funcionarios públicos. Además, para diferenciar su estudio de cualquier análisis de cultura política, Norris incorpora en esa batería de variables la iden-

tificación partidaria y al capital social, que considera olvidadas en el ámbito del análisis político.

Con esa precisión, Norris nos presenta finalmente el método que considera adecuado para su análisis; en consonancia con su teoría comprensiva, se trata del método cuantitativo, particularmente los modelos de regresión logística. Éstos son considerados adecuados porque permitirían manejar datos individuales y agregados, y proceder a la explicación mediante el descubrimiento de patrones de comparación dependiendo de la fuerza y significación de los hallazgos. En este sentido, el análisis redefinido del déficit democrático y la defensa de la categoría de los ciudadanos críticos ocurre mediante los datos estadísticos del Eurobarómetro, la Encuesta Mundial de Valores y la Encuesta Europea de Valores, correspondientes al periodo 1981-2007, y que incluyen más de cincuenta países con viejas o nuevas democracias y con elevado, medio o bajo nivel de ingresos.

Norris encuentra que: *a)* el apoyo hacia la democracia no se erosionaría consistentemente en el mundo, por lo que la crisis de esta forma de gobierno derivaría en un mito al fracasar el diagnós-

tico de sus peligros; *b)* porque la insatisfacción con el funcionamiento de la democracia divergiría de las aspiraciones democráticas de la gente, diferenciadamente; *c)* no obstante, las aspiraciones democráticas serían universales y determinadas por factores que contribuirían principalmente a la sostenibilidad del régimen; y *d)* sólo el conocimiento democrático informado (*Enlightened Democratic Knowledge*), esto es, la conciencia de los ciudadanos respecto a básicos principios democráticos y su capacidad para distinguir los incompatibles, ensancharía el déficit democrático al estar fundado en la experiencia histórica democrática, la comunicación cosmopolita, los niveles de desarrollo económico y las virtudes cognitivas derivadas de la educación y del acceso a los medios de información.

Con base en esos hallazgos, Norris advierte que la democracia debe cambiar con dirección hacia su funcionamiento efectivo y a partir de este ya famoso cliché justifica la pertinencia de la categoría de los ciudadanos críticos; es más, esta pertinencia es considerada indiscutible porque no existiría receta alguna para producir el cambio de la democracia ya que ninguna medida política,

económica, institucional o social garantizaría, por anticipado, el funcionamiento efectivo de ese sistema de gobierno, por la sencilla razón de que la democracia sería evaluada fundamentalmente a través de sus resultados. Por esto, a diferencia de un gobierno autocrático, uno democrático se encontraría mucho más expuesto al riesgo en la medida en que su legitimidad dependería de la obtención del apoyo popular.

Sin embargo, Norris defiende la categoría de los ciudadanos críticos a través de modelos matemáticos y es por esto que ella se ve incapacitada para identificar las medidas que permitirían el cam-

bio o el funcionamiento efectivo de la democracia; es decir, al ser defendido el ciudadano crítico por números y no a través de su propia narrativa, la autora no puede deducir más allá de lo que esos números o las correlaciones significativas se lo permiten. Pero a pesar de ello, el libro mencionado constituye un aporte fundamental para pensar el problema del déficit democrático a través de la pertinencia de una categoría que necesita mayores reconsideraciones tomando en cuenta, sobre todo, la experiencia latinoamericana, a la que la autora trata escasamente y en cuya región los ciudadanos críticos pulularían a diario por las calles.